

Isabel Keats
*Vn bonsái
en la Toscana*



*Un bonsái
en la Toscana*

Isabel Keats

Esencia/Planeta

© Isabel Keats, 2015
© Editorial Planeta, S. A., año 1ª ed, año última ed
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Imagen de la cubierta: Alexander Chaikin - Shutterstock
© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

Primera edición: octubre de 2015
ISBN: 978-84-08-14569-1
Depósito legal: B. 20.713-2015
Composición: Víctor Igual, S. L.
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



París, veintidós años antes

El tiovivo giraba sin cesar al son de la melodía alegre y machacona. Con los ojos brillantes por la emoción, y bien agarrada al grueso palo de madera barnizada, la pequeña Léa cavalgaba muy erguida mientras el brioso corcel amarillo que había elegido subía y bajaba sin descanso.

Cuando la música se apagó y el tiovivo se detuvo, Léa no esperó a que su niñera fuese a buscarla para desmontar. Acababa de cumplir cuatro años y estaba muy orgullosa de no ser ya un bebé que necesitaba para todo a la cascarrabias de Marie; lo malo era que, a ras del suelo, las cosas no se veían tan bien como desde su montura. A pesar de que el día era frío, el sol brillaba en el cielo pálido de noviembre y el parque estaba lleno de gente. Un montón de niños del vecindario tan bien vestidos como ella —con su elegante abrigo inglés de cuello y puños de terciopelo que tanto le gustaba— corrían y gritaban a su alrededor.

Léa se puso de puntillas y trató de distinguir a su niñera entre la multitud, pero fue inútil; su cabeza rubia apenas llegaba a la cadera de los adultos que la rodeaban. Se dijo que si se alejaba un poco del barullo del tiovivo sería más fácil ver a Marie, así que, caminó decidida hacia el banco en el que su vieja tata solía sentarse con las otras niñeras mientras criticaban a sus patronos y presumían de lo bien educados que es-

taban los niños a su cargo. Sin embargo, al acercarse no vio ni rastro de Marie. Seguramente habría ido a buscarla al tiovivo, pensó; lo mejor sería que se quedara allí a esperarla. En ese momento, una mujer con un elegante abrigo color beige y un pañuelo de seda al cuello, muy parecido a los que usaba su tía, se sentó junto a ella.

—Hola, pequeña, ¿estás sola? —preguntó con una sonrisa amable.

La vieja Marie le había repetido hasta la saciedad que no debía hablar con desconocidos, pero aquella mujer morena y agradable le resultaba vagamente familiar; la había visto a menudo en el parque y no se parecía en nada a esos hombres de los cuentos con los que a la vieja Marie le gustaba asustarla; unos monstruos mal vestidos que cargaban con un enorme saco a la espalda para raptar a los niños.

—Ahora viene Marie. —Léa le devolvió la sonrisa.

—Marie... ¡Ah, ya recuerdo! ¿Te refieres a esa mujer mayor que lleva una cesta llena de verduras? —La niña asintió con la cabeza; antes de ir al parque habían pasado por la pequeña frutería del barrio, que siempre olía de maravilla, y su niñera había comprado un montón de cosas—. Claro, entonces tú debes de ser Léa. Marie me comentó que tenía un poco de frío y que se iba a tomar un café caliente al bar que está frente al parque. Me pidió que te acompañara cuando terminases en el tiovivo. Al parecer hoy le duelen bastante las articulaciones. Anda, ven conmigo. Marie ha dicho que pediría un helado para ti, así que será mejor que nos demos prisa, no vaya a ser que se derrita.

A Léa no le sorprendió, Marie se quejaba a menudo de que el frío de París acabaría con ella. Su niñera tenía los dos dedos meñiques retorcidos, como los sarmientos que había visto cientos de veces en los viñedos del *château* de su padre;

ella se los besaba a menudo, muy despacito, pues a su tata parecía aliviarla. La mujer se levantó del banco y Léa la imitó; segundos después caminaban agarradas de la mano, sin dejar de charlar alegremente, en dirección a la señorial verja de hierro negro que rodeaba el recinto.

Washington D. C., año 2013

La puerta del despacho se abrió de golpe y, sin molestarse en pedir permiso, Robert Gaddi entró hecho una furia. Apoyado en su sempiterno bastón de madera, se acercó cojeando hasta la mesa, se derrumbó sobre una de las sillas y estiró la pierna mala ante sí.

—¿Te has enterado?

Como de costumbre, no dio ni los buenos días. Al doctor Gaddi las convenciones sociales y los buenos modales le parecían una pérdida de tiempo y no se molestaba en disimularlo.

Ian Doolan, el director de proyectos, se despidió de su interlocutor y colgó el teléfono.

—Buenos días, Robert. No, no interrumpes nada, de todas formas iba a llamarte ahora mismo —contestó sarcástico—. Por cierto, tienes un aspecto horrible.

—¡Me importa una mierda mi aspecto!

El recién llegado se pasó una mano por el mentón rasposo, que ya necesitaba un buen afeitado. En realidad no era lo único que necesitaba: la elegante camisa blanca estaba arrugada, manchada y le faltaban varios botones y lucía un llamativo desgarrón en la pernera de su pantalón oscuro. Además, apenas podía abrir uno de sus ojos, cuyos párpados tumefactos habían alcanzado tres veces su tamaño normal.

Al finalizar la representación de la ópera *Manon Lescault* en el Kennedy Center, Robert había decidido pasar por el laboratorio para recoger unos documentos que necesitaba y había sorprendido, in fraganti, a dos encapuchados enfrascados en la apasionante tarea de registrar hasta el último rincón de su despacho; su aspecto actual daba fe de lo accidentado del encuentro.

—Sí, me he enterado. Charles me llamó y he venido a toda prisa. —Doolan contestó, por fin, a su pregunta. A pesar de su aparente serenidad se notaba que estaba nervioso. Robert lo conocía desde que ambos estudiaban en Harvard y sabía muy bien lo que significaba el tamborileo inquieto de sus dedos sobre la mesa de cristal.

—Aún no he tenido tiempo de pasar por mi apartamento a ponerme guapo. Verás, querido Ian —sabía bien que a Doolan le repateaba que le hablara como si fuera un chiquillo estúpido, así que aprovechaba la menor oportunidad para hacerlo—, he tenido que esperar a que los del FBI terminaran de husmear y revolverlo todo con sus manazas. Quería asegurarme de que el laboratorio y mi despacho quedaran lo más recogidos posible.

—¿Has echado algo en falta?

—¿Aparte de los botones de mi camisa y la visión de mi ojo izquierdo? No, esos mamones no se han llevado nada importante. Hace tiempo que me olía algo semejante y he sido cuidadoso.

Doolan exhaló un suspiro de alivio.

—Charles viene para acá. Quiere hablar contigo.

Como si al pronunciar su nombre en alto lo hubieran invocado, en ese preciso momento se oyó el golpeteo de unos nudillos sobre la madera de la puerta. Ésta se abrió y un tipo corpulento de mediana edad, vestido con un traje negro, camisa blanca y corbata oscura, se coló dentro.

—¿Habéis empezado sin mí? —Charles Cassidy, el oficial jefe operativo del FBI, enarcó una de sus pobladas cejas oscuras salpicadas de canas.

—No, has llegado justo a tiempo para el baile —respondió el científico sin dejar de jugar con el bastón de madera tallada que ya parecía una extensión de su cuerpo. Según le había contado a Doolan en una ocasión, era una pieza victoriana muy valiosa, aun así, él lo hacía oscilar de lado a lado mientras hablaba, sin importarle que golpeará de vez en cuando contra la pata de la mesa—. Como le estaba diciendo a Ian, querido Charles, por si los intrusos no me habían destrozado el laboratorio lo suficiente, tus chicos han continuado la tarea con entusiasmo. Ya te pasaré la factura.

—Lo sé. Vengo de allí y ya tengo el informe. No hay una sola huella que merezca la pena, yo diría que son profesionales. ¿Han robado algo? Más bien parece que tenían la intención de arrasar el lugar.

Robert y Charles se conocían también desde hacía años y, a pesar de ejercer profesiones tan diferentes, eran buenos amigos; puede que el doctor Gaddi no fuera el tipo más simpático del mundo, pero Cassidy sabía bien que era una de las personas más leales que conocía; en un par de ocasiones en que lo había necesitado, le había ofrecido su ayuda en el acto sin hacer preguntas.

—Han robado un par de ordenadores, pero no había en ellos ninguna información candente. Desde que empezaron a llegar las primeras amenazas he sido muy cuidadoso. Ni siquiera mi jefe aquí presente —hizo un gesto con la barbilla en dirección a Doolan— tiene ni idea de dónde guardo el apetecible pastel. Si esos dos mastuerzos querían los estudios sobre la vacuna, tendrán que volver otro día a buscarlos.

—Eso es precisamente lo que me preocupa, Robert

—comentó Ian Doolan sin dejar de repiquetear con los dedos sobre el cristal—. ¿Qué ocurrirá con la investigación si te pasa algo? Nos estamos jugando mucho. Hoy mismo podrías haber recibido una paliza de muerte o haber acabado en coma.

—Puede que esté cojo, Ian, pero aún sé manejar los puños, así que no temas por mí; aunque me da la impresión de que no es realmente por mí por quien temes, ¿eh? —Robert le guiñó, burlón, el único de sus extraños ojos dorados que estaba operativo; sin embargo, recobró la seriedad al instante—. El protocolo de la investigación está en lugar seguro. Ya sabes que funcionamos como los comandos de Al Qaeda: mis ayudantes son células estancas que se comunican únicamente conmigo. Si algo me pasara, tendrías toda la documentación sobre tu mesa en menos de veinticuatro horas.

En el despacho se hizo una burbuja de silencio que el oficial del FBI se encargó de pinchar.

—Cuéntame algo de esa investigación, Robert. Me imagino que el ataque de hoy no es una respuesta a todos los callos que has ido pisando por ahí durante los últimos años...

Robert Gaddi se sacudió la pelusa de la camisa con una mano, lo que no mejoró su aspecto desastrado.

—Está bien, Charles. Imagino que no tengo que recordarte que todo lo que te diga es estrictamente confidencial, ¿verdad? —Esperó a que el otro asintiera antes de proseguir—. Como sabes, llevamos años investigando una vacuna contra el cáncer... —Mientras hablaba, las yemas de sus dedos largos y delgados repasaban, una y otra vez, el relieve de las grotescas máscaras talladas en la madera del bastón—. Pues bien, creo que esta vez lo hemos conseguido. En realidad no es una vacuna propiamente dicha, sino un virus común, modificado genéticamente, que consigue eliminar in-

cluso las células cancerígenas que resisten a los tratamientos de quimioterapia o radioterapia, de una forma precisa, barata y sin más efectos secundarios que los similares a los de una gripe leve.

Charles Cassidy lanzó un silbido de admiración.

—¿Y dices que es efectivo?

—En los ratones y con ciertos tipos de tumores, muy efectivo. —Sus ojos de gato destellaron llenos de entusiasmo—. Ahora hemos empezado los ensayos clínicos con humanos y parece que vamos bien encaminados. Por eso sospecho que ahí está el quid de la cuestión.

—Alguien quiere robaros la fórmula para patentarla y quedarse con la pasta, ¿no es así? —preguntó su amigo como si estuvieran charlando del guion de una película que ya hubiera visto muchas veces.

—Creo que es algo un poco más retorcido.

Aquella respuesta hizo que su interlocutor lo mirara sorprendido.

—¿Más retorcido? ¿Qué quieres decir?

Robert golpeó la pata de la mesa con su bastón una vez más.

—Lo que quiero decir es que pienso que hay gente que no está interesada en que se logre una vacuna para acabar con el cáncer. Lo que buscan es destruirla antes de que vea la luz.

Ahora la expresión del hombre del FBI era de absoluta perplejidad.

—¿Por qué querría nadie hacer semejante cosa? No tiene ningún sentido. Es la primera causa de muerte en el mundo, ¿no?

—La octava, si bien una de cada tres personas padecerá un cáncer a lo largo de su vida. —Robert se pasó una mano por los revueltos cabellos oscuros; no había dormido, estaba cansado y le dolía todo el cuerpo.

—¿Entonces?

—Piénsalo, Charles. Los tratamientos son caros y largos, los hospitales tienen plantas enteras asignadas a oncología, los resonadores magnéticos, las tomografías..., hasta las pelucas de los pacientes. En fin, es un negocio floreciente que mueve miles de millones de dólares al año. ¿Quién querría acabar con la gallina de los huevos de oro?

Su amigo hizo una mueca de desagrado y replicó:

—¡Por Dios, Robert! Sé que estás amargado, pero no sabía hasta qué punto. Eso que dices es espantoso.

El científico frunció los labios en una mueca sardónica.

—Bienvenido a la vida real, querido Charles: el mundo en que vivimos es espantoso. Puede que un paisaje espectacular, una pieza musical conmovedora o una mujer hermosa te hagan olvidarlo durante unos minutos, pero, bajo toda esa belleza, la mayor parte de las veces se esconden la muerte, la degradación y el horror más absoluto.

El del FBI decidió no contestar. Conocía algunos de los motivos de la amargura de su amigo y, aunque podía entenderlo, no compartía en absoluto su punto de vista. Charles Cassidy no iba a negar que la vida podía ser cruel a menudo; sin embargo, él en particular llevaba casado veinte años con la misma mujer, la madre de sus tres hijos, y aún se le encendía la sangre cuando la miraba; siempre que llegaba a casa después de un día de duro trabajo lo invadía una sensación de profundo bienestar y daba gracias a Dios por los bienes recibidos.

—Bueno, nos estamos desviando del tema que nos ocupa. —La voz serena de Ian Doolan interrumpió sus pensamientos, y Cassidy dirigió toda su atención hacia el hombre que había permanecido en silencio hasta entonces—. La cuestión es: ¿qué vamos a hacer ahora? ¿Qué precauciones

debemos tomar para que esto no vuelva a ocurrir? Nos estamos jugando mucho con este asunto; el Gobierno ha invertido millones de dólares en esta investigación durante años.

—Está claro lo que tenemos que hacer. —El vozarrón del hombre del FBI reverberó contra las paredes pintadas de blanco del despacho—. Lo más importante en estos momentos es proteger a Robert; es evidente que, a partir de ahora, van a ir a por él.

Tres días después, Robert Gaddi se personaba en el edificio J. Edgar Hoover, donde estaban ubicadas las oficinas centrales del FBI. En esa ocasión se tomó la molestia de aparcar bien su Maserati GranCabrio; la colección de multas que se amontonaba en uno de sus cajones amenazaba con batir récords, y su última y acalorada discusión con un agente de tráfico casi había acabado con sus huesos en el calabozo.

A pesar de su pronunciada cojera, el científico subió con rapidez la escalera de piedra de la entrada, apoyado en su inseparable bastón.

—¡No puede pasar, el señor Cassidy está reunido!

Sin prestar la menor atención a la tentativa de la sufrida secretaria de Charles de detenerlo, abrió la puerta de madera del despacho con su ímpetu habitual.

—¿Qué era eso tan importante que querías decirme?

Como de costumbre, fue directo al grano sin perder el tiempo en fórmulas de cortesía mientras se dejaba caer en una de las cómodas sillas de cuero negro colocadas frente a la amplia mesa de madera del despacho de su amigo, como si estuviera en su casa. Al estirar la pierna frente a él, descubrió un pequeño par de pies calzados con unos espantosos zapatos planos; sin mucho interés, la mirada masculina subió por

las perneras del pantalón marrón oscuro y la chaqueta a juego, hasta llegar a un rostro juvenil en el que apenas se detuvo unos segundos. Sin dedicarle un pensamiento más a la persona que estaba a su lado, volvió la mirada hacia su corpulento amigo, que también estaba repanchingado en un enorme sillón ergonómico y exclamó:

—¡Venga, Charles, no tengo toda la mañana!

Cassidy sacudió con la cabeza con gesto desaprobador.

—¡Por Dios, Robert! Me gustaría saber dónde están tus modales. Disculpe al doctor Gaddi, señorita Zhao. Robert, te presento a Lian Zhao, tu nueva guardaespaldas.

El científico se quedó mirando a su amigo con fijeza, antes de volverse de nuevo hacia aquella mujer que no le había suscitado el menor interés. Sus ojos dorados —aunque ya podía abrir los dos y no había perdido visión, la piel del lado izquierdo de su cara todavía mostraba la huella amarillenta y morada de los cardenales— se clavaron con fijeza en el rostro aniñado, sin poder disimular su asombro.

Ella sobrellevó el examen con serenidad y sus ojos enormes, del color de un resplandeciente cielo de primavera, lo observaron a su vez con atención.

—Estás de broma, ¿no? ¿También tengo que acompañarla al colegio por las mañanas?

Notó que su exabrupto no había afectado lo más mínimo la placidez de aquellos desconcertantes ojos azules y se sintió molesto.

—Robert, Robert. La señorita Zhao no es ninguna niña. Es miembro de una de las mejores empresas de seguridad del mundo y una experta en artes marciales. Ella fue la que se ocupó del caso Knowles.

A pesar de que el científico pasaba la mayor parte del día en su laboratorio y se limitaba a ojear de vez en cuando las

noticias en internet, sabía que Charles se refería a Samantha Knowles, una famosa presentadora de un *reality* de moda que había recibido amenazas de muerte de parte de un perturbado. Había leído que el loco había estado a punto de cumplir su amenaza, pero que los escoltas habían repelido la agresión.

Charles podía decir lo que quisiera, pero él a duras penas creería que aquella chica de aspecto recatado, sentada con las piernas muy juntas y las pequeñas manos, de dedos esbeltos y uñas cortas y sin pintar, apoyadas sobre las rodillas, con ese aburrido traje pantalón marrón, la cara sin rastro de maquillaje y el pelo, muy rubio, recogido en una sencilla cola de caballo, fuera capaz de cruzar sola por un paso de cebra, así que no digamos rechazar el ataque de un lunático.

—¡Lian Zhao! —El científico repitió su nombre con desdén y añadió, mordaz—: Me gustaría saber por qué demonios utiliza un nombre chino. Me juego lo que quiera a que no tiene usted ni un mililitro de sangre de esa raza en las venas. ¿Es para darle más veracidad a esa increíble historia de reina del kung-fu?

Por primera vez, la joven abrió la boca para responder y al oír su voz, grave y dulce a la vez, a Robert se le erizaron los pelos de la nuca.

—Mi nombre significa «grácil sauce» y llevo el apellido de un venerable maestro shaolin.

—Grácil sauce. ¡Por Dios! —Puso los ojos en blanco—. Charles, esto es una broma, ¿verdad?

Al ver la expresión de su amigo, que fluctuaba entre el desagrado y la incredulidad, Cassidy reprimió una sonrisa y contestó muy serio:

—Éste no es un asunto con el que se pueda bromear, Robert. Lian será tu guardaespaldas. A partir de ahora no se

separará de ti; vivirá en tu casa, viajará contigo y hasta te acompañará a mear si es necesario. Perdone, señorita Zhao —se disculpó en el acto el hombre del FBI, súbitamente avergonzado de su lenguaje. Ella se limitó a mirarlo en silencio, sin perder ni un ápice de su calma—. Lo mejor es que abandones Washington de inmediato y te refugies en La Fortezza, donde cuentas con todo lo necesario para tus investigaciones y estarás más protegido. Además, te asignaré un par de hombres; con ello, tu castillo italiano resultará prácticamente inexpugnable.

—¡No pienso hacerlo! —exclamó el científico como un niño malcriado, al tiempo que se pasaba una de sus elegantes manos por el rebelde cabello oscuro.

—Lo siento, Robert, no tienes alternativa. Ian Doolan ha sido terminante: o aceptas que te protejan o los fondos destinados a tu investigación sufrirán severos recortes.

De los insólitos ojos color ámbar emanaron pequeñas llamaradas incandescentes al escuchar aquel ultimátum. Enojado, Gaddi aferró el puño de su bastón y lo hizo oscilar; al moverlo golpeó la pierna de la chica, pero no se disculpó. Ella ni siquiera parpadeó y su falta de respuesta lo exasperó aún más. Muy enfadado, se puso en pie y, sin despedirse de Cassidy, abandonó su despacho a toda prisa sin importarle lo más mínimo si aquella extraña mujer lo seguía o se quedaba allí.

Sin embargo, al meterse en el ascensor fue un dedo femenino el que pulsó el botón de la planta baja. Había un par de personas más en el interior de la cabina, así que Robert permaneció en silencio con el ceño fruncido y la ignoró por completo. Estaba tan furioso que al salir a la calle introdujo sin querer su bastón por una de las rejillas de ventilación del metro y perdió el equilibrio. Trató de hacer contrapeso apo-

yando más peso del debido sobre su pierna mala y una aguda punzada de dolor atravesó su muslo de lado a lado; pero antes de que cediera por completo y se derrumbara de manera humillante sobre la acera, la pequeña mujer que había permanecido todo el tiempo a su lado sin decir palabra introdujo el hombro bajo el hueco de su brazo y lo sujetó con firmeza.

Rabioso por su torpeza, Robert no pudo evitar notar cómo aquellos frágiles huesos bajo su brazo aguantaban su peso con seguridad. A pesar de que desde fuera debían de parecer una niña cargando con un adulto, se dijo que esa imagen era engañosa, pues, sobre la fea chaqueta marrón, sus dedos habían rozado sin querer un pecho pequeño y bien formado.

—¿Te encuentras bien?

De nuevo aquella voz, calmada y dulce, que producía una marejada de confusas sensaciones en sus tripas. Robert notó que su pecho subía y bajaba agitado mientras que la respiración de ella seguía tan relajada como si, en vez de un cuerpo de casi noventa kilos de peso, sostuviera sobre su hombro una ligera bufanda.

Sin tan siquiera darle las gracias, el científico se apartó de ella con brusquedad y se apoyó en la pierna buena al tiempo que desenganchaba su bastón de la rejilla metálica. Acto seguido, accionó el mando a distancia de su vehículo, cuyos intermitentes se iluminaron en respuesta, y con una cojera más pronunciada que de costumbre lo rodeó y subió al asiento del conductor. Antes de que terminara de encajar la hebilla del cinturón en su anclaje, la puerta del copiloto se abrió y Lian Zhao se sentó a su lado.

Robert condujo en silencio en dirección al lujoso apartamento que ocupaba siempre que iba a Washington. Habría odia-

do que aquella insólita joven empezara a hablar sin ton ni son, como solían hacer las mujeres con las que salía de vez en cuando; sin embargo, no sabía por qué el mutismo de su acompañante lo sacaba de quicio aún más.

—¿Qué ocurre? ¿Tan estúpida eres que no tienes nada que decir? —pensó que no le contestaría, pero después de un momento la joven se limitó a responder:

—«Cuando no tengas nada importante que decir, guarda el noble silencio.»

Gaddi volvió la cara y la miró con estupor, pero ella no se dio por aludida y siguió contemplando con aparente interés el tráfico denso de una mañana laborable en Washington D. C. Robert no estaba acostumbrado a que nadie lo ignorara. Su actitud agresiva siempre provocaba algún tipo de reacción —negativa por lo general—; a esas alturas, cualquier otra se habría deshecho en lágrimas, pero esa niñata descolorida permanecía imperturbable, como si él no fuera más que una mosca molesta a la que es mejor no prestar atención.

De pronto, su sentido del humor llegó al rescate y empezó a ver el lado cómico del asunto.

—Así que mi nueva guardaespaldas es una especie de Kwai Chang y yo soy el pequeño saltamontes... —Una vez más, los ojos azules se posaron en él, inexpresivos—. ¿No veías *Kung Fu*? Seguro que no, eres demasiado joven. Tú debes de ser más de Bob Esponja. ¿Qué ocurre, acaso no ves la tele?

—No.

De pronto, a Robert le entraron ganas de saber algo más de aquella extraña criatura que parecía una niña y, sin embargo, tenía el aplomo de una anciana.

—¿Podrías contestar con una frase completa o sólo conoces unos cuantos monosílabos?

Nada. Su silenciosa acompañante permaneció mirando al frente, absorta al parecer en el impresionante obelisco blanco del Monumento a Washington.

A pesar de que no paró de hacer preguntas durante todo el trayecto, Robert no recibió ninguna respuesta y cuando por fin aparcó el Maserati en el garaje del edificio su temperamento irascible estaba de nuevo al borde de la explosión. Enojado, bajó del coche y cerró con un violento portazo; cojeando, se dirigió hacia el ascensor cojeando y golpeó el botón de llamada con el puño de su bastón.

De repente, sin saber cómo, se encontró inmovilizado contra la pared. Incapaz de reaccionar por la sorpresa, bajó la mirada hacia la diminuta mujer que mantenía el antebrazo izquierdo sobre su pecho mientras lo estudiaba con calma. Atónito, la observó alzar la otra mano y colocar las yemas de los dedos a la altura de su corazón; un contacto ligero que, sin embargo, fue más efectivo que si lo hubiera clavado al muro con cientos de puntas de hierro.

—«Más grande que la conquista en batalla de mil veces mil hombres es la conquista de uno mismo.» Tienes el corazón lleno de ira, Robert Gaddi, no puedes dejar que ella hable por ti, pues al final te dejará sordo a todo lo que no sean sus exigencias.

Era la frase más larga que le había escuchado pronunciar desde que la conocía, y le desconcertó el misterioso acento que detectó en sus palabras; a pesar de que hablaba inglés a la perfección, aquella mujer no era ni inglesa ni americana. Examinó el rostro femenino alzado hacia él con detenimiento y, sorprendido, descubrió que no había nada anodino en sus facciones. Lian Zhao no sólo tenía unos ojos enormes, una nariz pequeña y graciosa y unos labios sensuales; lo que más le llamó la atención fue la pálida piel de su rostro, cre-

mosa y aterciopelada, en la que no detectó una sola imperfección. Incómodo, sacudió la cabeza, tratando de romper aquella especie de encantamiento en el que se había sumido y preguntó, cortante:

—¿Tienes que hablar como en una jodida película de Jackie Chan, roble retorcido, o como quiera que te llames?

De nuevo, una de esas desconcertantes miradas azules y el silencio por respuesta hasta que, de pronto, las comisuras de sus labios se alzaron con lentitud en una inesperada sonrisa que le robó el aliento.

—Lian, me llamo Lian.

Dio un paso atrás y se apartó de él, y Robert pudo respirar de nuevo con normalidad. Con un gesto nervioso, se pasó el índice por el cuello de la camisa como si la corbata le asfixiara y, sin decir una palabra, subió al ascensor y mantuvo sujeto el botón que abría las puertas para que ella pasara. Durante el trayecto hasta su apartamento los ojos dorados no se apartaron de ella, pero si lo que pretendía era que Lian se pusiera nerviosa, no consiguió su propósito.

Cuando llegaron abrió la puerta y la invitó a entrar.

—Éste es tu dormitorio. —Le mostró una pequeña habitación—. Por desgracia este apartamento es muy pequeño, así que me veré obligado a compartir el cuarto de baño contigo y yo no estoy acostumbrado a compartir mi casa con nadie. No quiero ver bragas secándose en el toallero ni barras de labios en el lavabo, ¿entendido?

La observó depositar la ajada mochila negra con la que había cargado toda la mañana sobre la cama y no pudo evitar una nueva pregunta.

—¿Eso es todo tu equipaje?

Lian asintió con un casi imperceptible movimiento de cabeza antes de sentarse sobre el colchón de la estrecha cama

que había junto a la ventana y mirar a su alrededor con curiosidad.

—Espero que lo que guardas ahí dentro no sea tan horrible como el traje y los zapatos que llevas puestos; para un tipo sensible como yo, la falta de belleza es una ofensa espantosa. Así que si pretendes ir vestida de esperpento durante el tiempo que estés a mi lado, desde ya te digo que no lo consentiré.

—La ropa no es importante.

Él alzó una ceja, socarrón.

—Me pregunto de qué extraño agujero habrá salido una criatura como tú. Es la primera vez que oigo a una mujer afirmar semejante cosa. Aunque, claro, quizá lo que habría que preguntarse es si tú eres realmente una mujer. ¿Cuántos años tienes?

Lian parecía inmune a sus malos modos y no dudó en contestarle:

—Veintiséis, creo.

—¿Crees?

No aparentaba ni siquiera la mayoría de edad y aquella enigmática contestación disparó la curiosidad de Robert una vez más.

—El maestro Cheng calculó mi edad por mi altura y el tamaño de los huesos de mi muñeca.

Para un hombre de mentalidad inquisitiva como él, semejante respuesta no hizo más que incrementar las ganas de llegar hasta el fondo de la cuestión.

—¿Y tus padres?

Lian alzó las manos y volvió las palmas hacia arriba. Desde luego, se dijo Robert, fastidiado, si a esa mujer le pagaran por palabra pronunciada, sería más pobre que las ratas. Estaba claro que no iba a colaborar, así que decidió dejarla en paz. Por el momento.

—Será mejor que coloques tus valiosas posesiones en el armario —recomendó sarcástico—. Yo voy a trabajar un rato con mi portátil. Luego saldremos a comer algo.

Dio media vuelta y salió dando un portazo.

Lian se levantó entonces, empezó a vaciar la mochila y fue colocando sus escasas pertenencias en el armario. Por último, sacó de uno de los bolsillos laterales su más preciada posesión —un *mala* o rosario budista de ciento ocho cuentas de madera que le había regalado su maestro cuando se había despedido de él hacía ya seis años— y la depositó con reverencia sobre la mesilla de noche.

Luego se sentó en el suelo con las piernas cruzadas, la espalda muy recta y el dorso de las manos apoyado sobre las rodillas y trató de meditar, pero la imagen de unos insólitos ojos dorados llenos de ira le impedía concentrarse, así que dirigió sus pensamientos hacia el hombre al que acababa de conocer: Robert Gaddi, a quien tenía que proteger con su vida, aunque él pareciera detestarla. Se preguntó si el hecho de estar lisiado era la causa de la amargura que burbujaba en su interior; sin embargo, algo le decía que no era así.

Si estuviera allí su antigua protegida, Samantha Knowles, estaba segura de que le preguntaría con curiosidad morbosa si le parecía atractivo. Era la pregunta que le hacía cada vez que le presentaba a alguien del género masculino y sabía que la ambigua respuesta que le había dado en todas aquellas ocasiones: «La belleza se esconde en lo más profundo de las personas», la sacaba de quicio.

Trató de pensar en la primera impresión que le había causado Robert Gaddi cuando lo había conocido, pocas horas antes. El científico era un hombre alto y con buena figura. A pesar de su cojera, Lian había notado la dureza de sus músculos bajo su camisa, lo cual quería decir que hacía algún tipo

de deporte para mantenerse en forma. De pelo oscuro y piel morena, su rasgo más señalado eran esos extraordinarios iris color ámbar. Nunca había visto unos ojos semejantes; cuando se había vuelto a mirarla en la oficina del FBI tuvo una insólita sensación que nunca antes había experimentado, muy parecida a una de esas alertas que el maestro Cheng le había enseñado a detectar y que la ponían en guardia en el acto. Después de años de estimulación constante, Lian confiaba por completo en su instinto y éste la estaba avisando de que el hombre para el que ahora trabajaba suponía algún tipo de amenaza para ella. Lo mejor sería no bajar la guardia, pensó. Había una palabra que definía a Robert Gaddi a la perfección: peligro.

Unas horas más tarde, sentados frente a frente en un coqueto restaurante francés que quedaba a un par de manzanas del apartamento, Robert estudiaba sin ningún disimulo a su acompañante con la misma atención que si fuera el ADN de uno de esos virus que analizaba bajo el microscopio. Acababa de pedir un *chablis* Vaudésir y se disponía a verter un poco en la copa de Lian cuando ella la tapó con un rápido movimiento de su mano y comentó:

—No bebo alcohol.

Los ojos dorados chisporrotearon bajo las negras cejas fruncidas con un brillo amenazador, y respondió irritado mientras llenaba su propia copa:

—No bebes alcohol, no hablas, vistes de pesadilla. ¡Pareces una maldita monja! —exclamó, desagradable, al tiempo que dejaba caer la botella de vino sobre la mesa con brusquedad.

Sin inmutarse, Lian clavó en él sus grandes ojos azules,

giró un poco la cabeza hacia un lado, en un movimiento delicado que a él le recordó al de una pequeña ave a la espera de unas cuantas migas de pan, repuso muy seria:

—Monja y maldita son palabras... incompatibles. ¿Se dice así?

De repente, él echó la cabeza hacia atrás y lanzó una sonora carcajada que dejó al descubierto su blanca dentadura, y a Lian le recordó a uno de esos brillantes rayos de sol capaces de atravesar las nubes más densas en un día gris.

En ese momento, el chef, que conocía a Robert desde hacía años, se acercó a su mesa para aconsejarles algunos platos fuera de carta y soltó una larga parrafada en francés a toda velocidad, a la que el científico respondió con soltura en el mismo idioma. Luego, se volvió hacia la joven para traducirle lo que había dicho, pero, para su sorpresa, ella le respondió en un francés perfecto que no era necesario, pues lo había entendido todo a la perfección. Encantado, el grueso hombrecillo siguió hablando en francés con Lian un rato más y, tras tomarles nota, se alejó de ellos dando saltitos.

—¿Cuántos idiomas hablas?

Lian lanzó un suspiro. No le gustaba nada hablar de sí misma; sin embargo, estaba claro que aquel hombre no iba a parar de hacerle preguntas, así que, resignada, decidió contestar:

—Hablo la lengua general china, que es el mandarín *hàny*, y también el idioma *mun* y el cantonés. Un americano que hizo votos en el templo nos enseñó su idioma a los que estábamos interesados. Y un buen día descubrí que también hablaba francés.

Ahora Robert no podía estar más intrigado. Esperó con impaciencia a que el camarero dejara encima de la mesa los platos que habían pedido y siguió con el interrogatorio.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Cómo que un día descu-

briste que hablabas francés? Nadie aprende una lengua por ósmosis.

Lian se encogió de hombros y empezó a comer la ensalada, lo único que había pedido. El científico la miró exasperado.

—¿Te importaría dejar de hacerte la interesante y ser un poco más concreta, por favor? —Acto seguido, pinchó un caracol con su propio tenedor y se lo puso delante de las narices—. ¿Quieres probar?

Ella volvió el rostro.

—No como carne.

Una vez más, Robert puso los ojos en blanco.

—¿Qué pasa? ¿Lo prohíbe tu religión?

—Es uno de los diez mandamientos del código moral de la escuela Shaolin: no consumir carne ni beber vino.

—¿Y lo del francés? —Robert podía ser realmente insistente cuando quería.

Lian resopló con impaciencia.

—No sé cuándo lo aprendí, de verdad. Hace unos años tuve que proteger en Canadá a un cantante de origen francés y me di cuenta de que lo hablaba y lo entendía a la perfección, sin embargo, no sé leerlo. Y ahora, Robert Gaddi, ¿te importa dejar tus preguntas un rato para que yo pueda comer tranquila?

—¡Te recuerdo que soy tu jefe, así que no seas impertinente o te despediré!

Ella se limitó a responder a su amenaza con una de aquellas miradas azules e impasibles y siguió masticando con calma. Durante unos minutos el científico desvió su atención hacia su plato de caracoles, pero enseguida volvió a la carga. Hacía mucho que no se sentía tan intrigado por una persona. Normalmente su trabajo era lo único que despertaba su inte-

rés; sin embargo, Lian Zhao, esa especie de anciana sabia y repelente con rostro de niña, resultaba de lo más enigmática.

—Así que naciste en China. Eso es lo máximo que te concedo, porque no me creo que ninguno de tus padres sea chino. Entiendo bastante de genética, créeme —añadió con suficiencia, al tiempo que se recostaba sobre el respaldo de su silla sin dejar de mirarla.

—No sé si nací allí.

—¡Maldita sea! ¿Puedes darme una respuesta como Dios manda de una vez?! —Irritado, golpeó la mesa con las palmas de las manos, pero su interlocutora se limitó a contemplarlo, impassible.

—No sé dónde nací —dijo por fin—. No tengo recuerdos de mis primeros años de vida. El maestro Cheng me encontró comiendo fruta podrida que recogía del suelo en el mercado de Luoyang. Al parecer llevaba varios días vagabundeando por allí y durmiendo hecha un ovillo en cualquier sucio rincón de sus calles. A partir de aquel día, los monjes y los aprendices del monasterio de Shaolin fueron mi familia. Al menos es la única que conozco. ¿Estás satisfecho, Robert Gaddi?

El científico no contestó; por primera vez en su vida se había quedado sin palabras. En ese momento llegó el camarero para retirar los primeros y Robert insistió en que Lian tomara un postre mientras él daba cuenta de su segundo plato. A pesar de sus protestas, ordenó que le trajeran unas crepes con nata y chocolate y le divirtió la expresión de sorprendido deleite del rostro de la joven cuando se llevó la cuchara a la boca.

—Está rico, ¿eh?

Por toda respuesta, los iris azules resplandecieron, felices, y por unos segundos el científico tuvo un atisbo de la perso-

na que se ocultaba bajo aquella capa, casi impenetrable, de autocontrol.

«Bueno, bueno —se dijo—. La señorita Zhao es todo un misterio.»

Y si algo había en el mundo a lo que Robert Gaddi no podía resistirse era a un buen desafío.